

LA ENSEÑANZA CATÓLICA

SE PUBLICA TODOS LOS DOMINGOS

BAJO LA CENSURA ECLESIASTICA

SUMARIO

La Intemperancia, por F. M. M.—Lourdes en 1888.—Congreso Católico Nacional.—VARIETADES.—Caridad y Filantropía, por Rosa.—El Pecado de la Pereza, Soneto VII, por Juana Marin-Baldo de Martinez.—Noticias.—Necrología—Vela y Alumbrado.

La Intemperancia

(Conclusión)

MIENTRAS que Esparta se mantuvo en la restricción de las necesidades ocasionadas por la intemperancia y en el menosprecio de las riquezas, lo cual duró algunos siglos, fué muy respetada por su poder y admirada por sus gloriosas victorias. La fecha en que se inició su estado decadente fué aquella en que comenzó á abolirse la severa prohibición que Licurgo habia establecido contra todo cuanto tender pudiera á la enervación de aquel pueblo por tantos títulos heroico, cuyas virtudes cívicas han pretendido imitar vanamente algunos estados de la Europa moderna, incapaces por sus costumbres muelles y repugnantes vicios, de alcanzar jamás siquiera algunos rasgos de aquella virilidad y proverbial patriotismo empujado hasta la adoración y por consiguiente al sacrificio de sus vidas é intereses.

Otro testimonio más en corroboración de nuestras afirmaciones nos ofrece la antigua Sibaris, ciudad que alcanzó, con las muchas é importantes poblaciones que tenia bajo su depen-

dencia, el mayor grado de esplendor á que pueden aspirar los estados regidos por gobiernos sábios; mas por una fatalidad peculiar á los pueblos en todo el apojeio del comun bien estar, ó por que éste se impela por la soberbia y la vanidad, como frecuentemente se observa, mas allá de los límites y conveniencias razonables, estas riquezas y opulencia de Sibaris, decimos, fueron bien pronto seguidas del desbordamiento de todas las pasiones, en términos tan extremados que apenas se podría creer, no obstante el testimonio histórico de antiguos y veraces escritores.

La vida ordinaria de los ciudadanos era la asistencia á los festines, á los juegos, á ratos de pasatiempos en los placeres y en la disolución. Había recompensas públicas y señales de distinción para aquellos que daban los más suntuosos banquetes; y aun para los cocineros, para esos *torturadores de los estómagos*, como les llama un publicista moderno, habia tambien premios y menciones honoríficas cuando daban pruebas de aplicación á los buenos descubrimientos para el regalo de la mesa, ó invenciones de nuevos refinamientos con que extremar la satisfacción del gusto. Tan lejos llevaban aquellos desdichados habitantes la delicadeza y la molicie, que separaron de la población todos los artesanos cuyo trabajo produjese ruido; ni aun los gallos, por temor de que su canto agudo y penetrante turbara las dulzuras del sueño, estuvieron libres de tan extravagante como ridícula disposición. A todos estos males uniéronse las disensio-